

Con todo su dolor, papá Fitzgerald

Las cartas del autor de 'El gran Gatsby' a su única hija se publican por primera vez en español • Las misivas revelan los anhelos y esperanzas del malogrado escritor

ELSA FERNÁNDEZ-SANTOS
Madrid

Como tantos hijos de padres demasiado autodestructivos y complicados, Frances Scott Fitzgerald construyó una invisible red de seguridad entre su famoso progenitor y ella. No era falta de amor, muy al contrario, era simple instinto de supervivencia. La hija de uno de los escritores más grandes y malogrados de la historia de la literatura pecó de frialdad como única tabla de salvación frente a los tormentos de su padre. No se le puede reprochar a la pequeña Scottie, o Scottina, como a veces la apodaba él, la añoranza infantil por una familia más convencional. Tampoco, que fuera una chica egoísta. Ella misma lo reconoce con pesadumbre en el prólogo a *Cartas a mi hija* (Alpha Decay): "Comprendí que solo había una manera de sobrevivir a su tragedia, y era ignorarla".

El volumen reúne por primera vez en español la correspondencia que Fitzgerald mantuvo con su única descendiente, desde su primer campamento de verano hasta la universidad. Son, sencillamente, piezas tan sabias, delicadas y desnudas, escritas con tanto amor y comprensión hacia ella, con tanta esperanza, que resultan desgarradoras. Como apuntó el escritor Malcolm Cowley en una entrevista a *The New York Times*, cuando Fitzgerald escribe a su hija en Vassar lo hace en el fon-

Frances Scott se decidió a publicar la correspondencia en 1965

"Preocúpate del coraje, de la higiene, de la eficacia", le escribe en 1933

do a sí mismo en Princeton, antes de que todo se echara fatalmente a perder y se derrumbara definitivamente. "En la vida, solo crean en las recompensas por la virtud y en los castigos por no cumplir con tus obligaciones, que sin duda se pagan caros", le escribió el verano de 1933. "¿Le pedirás a la señora Tyson que te deje echar un vistazo a un soneto de Shakespeare donde se lee el verso 'El lirio que se pudre huele peor que la maleza'?"

"*Cartas a mi hija* está traspasado de una urgencia y una magia que lo dotan de entidad independientemente de que uno sea o haya sido lector de la obra de Fitzgerald", señala Ana S. Pareja, editora del libro. "Salvando las distancias, es un testimonio equiparable a las *Cartas a mi madre* de Sylvia Plath, es apasionante por sí mismo", Frances Scott Fitzgerald,



Francis Scott Fitzgerald junto a su esposa, Zelda, y su hija Frances Scott.

ral, periodista y escritora que falleció en 1986, se decidió a publicar las misivas en 1965. Tenía 44 años, los mismos que su padre al morir. Un poco harta de escuchar las historias que todo el mundo tenía sobre él decidió contar la suya propia y desempolvar las cartas del cajón donde las había arrinconado durante años. "Cuando llegaban a Vassar, me limitaba a examinarlas en busca de cheques y nuevas y luego las metía en el cajón inferior derecho. Ahora estoy orgullosa de haberlas conservado. Sabía que eran magníficas, y si las conservé no fue, desde luego, por codicia, porque papá era entonces un oscuro escritor sin blanca y nadie podía imaginarse que *El gran Gatsby* se traduciría a 27 lenguas. Las guardé de la misma manera que uno guarda *Guerra y paz* para leerla en otro momento".

Los peores años empezaron cuando Frances tenía 11 años. A su padre, escribe ella, "el mundo se le empezó a venir encima" y comenzó a tomar forma lo que él enunció en su ensayo *El Crack up*, ese "lento proceso de demolición" del que ya no escapó nunca. Mientras el alcohol y el fracaso empezaban a dar sus devastadores frutos, él le escribía amorosas cartas a su hija donde le regalaba consejos literarios ("si no logras descomponer un poco tu prosa, se quedará en el nivel del periodista mal pagado"); la animaba a leer y escribir ("en un sentido literario, yo no te podré ayudar más allá de un determinado punto"); a construir un estilo ("no te habría escrito esta carta tan larga si no hubieras atinado, por debajo del soneto de tu cuento, algunas huellas de un ritmo auténtico que tiene el sello de Scottina"); a que fue-

ra una mujer atenta ("el mundo, por lo general, no habita en playas ni en clubes de golf"); a que tuviese disciplina con sus estudios, al mismo tiempo que se mostraba tolerante con que ella prefiriese bailar, salir con chicos o pedirle dinero ("si no te haces a la idea, te convertirás en una de esas chicas que no saben si son millonarias o pobres de solemnidad. No eres ni lo uno ni lo otro") y, finalmente, a que comprendiera la terrible tormenta que les acechaba. En una carta fechada en 1938, Fitzgerald le habla a su hija sobre su relación con Zelda, sobre el error que fue casarse con ella, sobre el daño que sin darse cuenta le ha causado. "¿Me harás el favor de leerme esta carta una segunda vez? Yo la reescribí dos veces", le pide.

En la edición de Alpha Decay, el traductor, Albert Fuentes, ha

creado un aparato de notas que en total incluye más de 100 referencias que no están en la edición estadounidense. Para ello, Fuentes ha contado también con *Lettere a Scottie*, edición italiana de 2003 a cargo del especialista en Fitzgerald Massimo Bacigalupo, que incluyó 20 cartas inéditas del padre y muchas de la hija que no han visto la luz en Estados Unidos. "Cuando conseguimos tener acceso a estas cartas, ya era demasiado tarde para incluir las en nuestra edición", explica Pareja. "Pero ahora también tenemos los derechos y puede que preparemos un pequeño volumen para ofrecer a los lectores en lengua castellana la otra cara de la historia".

Scottie fue el personaje de uno de los mejores y más trágicos relatos de su padre, *Regreso a Babilonia*. Un esalecohólico regresa a París a por su hija abandonada, su redención pasa por recuperarla, pero ella es ese horizonte de salvación que de manera inexorable se le escapa. "Algún día volvería; no podían condenarlo a estar pagando sus deudas eternamente. Pero quería a su hija, y al margen de eso ninguna otra cosa le importaba", se lee al final del cuento.

En su carta más conocida, Fitzgerald le enumera a su hija (entonces aún en edad escolar) una serie de cosas de las que debe preocuparse y de las que no. "Preocúpate del coraje, de la higiene, de la eficacia, de la equitativa... No te preocupes por la opinión de los demás, por las muñecas, por el pasado, por el futuro, por hacerle mayor, porque alguien te supere, por el triunfo, por el fracaso, por los mosquitos, por las moseas, por los insectos en general, por los padres, por los chicos, por las desilusiones, por los placeres, por las satisfacciones..."

Quizá por eso baste para terminar con hacer caso a la propia Scottie, que cierra su hermoso prólogo también con una recomendación: "Escuchen ahora atentamente a mi padre. Porque da buenos consejos y estoy segura de que, si no hubiera sido mi padre, a quien tanto amo como a él, ahora sería la mujer más cultivada, atractiva, esbiosa e inmaculada sobre la faz de la Tierra".